

LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA DE LOS INTELLECTUALES ESPAÑOLES. LA PROYECCIÓN DE LA GRAN GUERRA, LA REVOLUCIÓN RUSA Y VERSALLES EN LA CRISIS DE LA RESTAURACIÓN

*THE POLITICAL PARTICIPATION OF SPANISH INTELLECTUALS.
THE PROJECTION OF THE GREAT WAR, THE RUSSIAN REVOLUTION
AND VERSAILLES IN THE CRISIS OF THE RESTORATION*

Álvaro Ribagorda*

Universidad Carlos III de Madrid

RESUMEN: Se analiza aquí el protagonismo político de los intelectuales en España durante la crisis de la Restauración, y en relación a los grandes debates políticos e ideológicos que marcaron el comienzo del periodo de entreguerras. Esa coyuntura internacional definida por la 1.ª Guerra Mundial, la Revolución Rusa de 1917, el armisticio, el Tratado de Versalles y la creación de la Sociedad de Naciones, así como los debates que generaron, fueron proyectados como marco de un conflicto político nacional, entrelazándose su presencia en el debate público español con las crisis políticas nacionales de esos años. Se estudia como los intelectuales se convirtieron en protagonistas del debate político español de entreguerras, y sus formas de influencia social, sus consecuencias para la España de los años veinte y treinta.

PALABRAS CLAVE: Intelectuales; aliadofilia; participación política; 1.ª Guerra Mundial.

ABSTRACT: *I analyze political prominence of intellectuals in Spain in the crisis of Restoration regime, against the great political and ideological discussions that marked the beginning of the interwar period. This international conjuncture defined by the 1st World War, the Russian Revolution of 1917, the armistice, the Treaty of Versailles and the creation of the League of Nations, as well as the discussions that they generated, were projected as a framework of a national political conflict, linking its presence in the Spanish public debate with the national political crises of those years. I study how the intellectuals became protagonists of the interwar Spanish political debate, their forms of social influence, and its consequences for Spain in the 1920s and 1930s.*

KEYWORDS: *Intellectuals; aliadophilia; political participation; 1st World War.*

* **Correspondencia a / Corresponding author:** Álvaro Ribagorda. Universidad Carlos III de Madrid, Facultad de Humanidades, Comunicación y Documentación. Dpto. Humanidades: Historia, Geografía y Arte, C/ Madrid, 126 (28903 Getafe-Madrid) – aribagor@hum.uc3m.es – <https://orcid.org/0000-0001-9504-5815>

Cómo citar / How to cite: Ribagorda, Álvaro (2022). «La participación política de los intelectuales españoles. La proyección de la Gran Guerra, la Revolución Rusa y Versalles en la crisis de la Restauración», *Historia Contemporánea*, 69, 469-504. (<https://doi.org/10.1387/hc.22976>).

Recibido: 9 julio, 2021; aceptado: 28 enero, 2022.

ISSN 1130-2402 – eISSN 2340-0277 / © 2022 Historia Contemporánea (UPV/EHU)



Esta obra está bajo una Licencia
Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional

Introducción

La crisis del sistema de la Restauración y la gran movilización política producida a partir de la 1.^a Guerra Mundial en España fueron un momento clave para estudiar el desarrollo de la historia de los intelectuales españoles. Si bien existieron otros hitos previos desde los últimos años del siglo XIX que supusieron el acta de nacimiento de ese rol de intelectuales entre ciertos profesionales de la cultura, la ciencia y el conocimiento, las sucesivas crisis nacionales e internacionales iniciadas a mediados de los años diez suponen un salto cualitativo en la presencia de los intelectuales en la vida política española, que con distintos niveles de intensidad se prolongaría hasta la instauración de la dictadura de Franco.

Algunos trabajos de interés han señalado ese enfrentamiento dialéctico entre aliadófilos y germanófilos como el punto de partida de la división ideológica de la sociedad española, y también de los intelectuales¹. Sin embargo, resulta difícil establecer en qué medida responde ese modelo interpretativo a la textura de la sociedad española de entreguerras, pues aunque es un elemento significativo sus parámetros no se ajustan bien a la complejidad de los intelectuales españoles, y su acción política a partir de la 1.^a Guerra Mundial, como se analiza en este trabajo.

Los intelectuales se constituyeron en una *intelligentsia*, un grupo que a partir de su talento y capacidad de persuasión pretendía influir en el rumbo de la política española para modernizar el país. Ante el descrédito general de las instituciones, los políticos, los gobiernos, el Parlamento y la monarquía, un nutrido grupo de intelectuales —como también estaba sucediendo en otros países cercanos— se arrogaron la responsabilidad de orientar el rumbo del país, participando ya de forma activa en la vida política española, y señalando a los políticos y a gran parte de la sociedad las direcciones que consideraban más apropiadas para modernizarlo, en busca de una homologación con Europa.

Los nombres de muchos de esos intelectuales son hoy bien conocidos, tanto por su producción cultural como por su presencia en la vida política. Sin embargo, aunque ha pasado bastante desapercibido, no parece un aspecto menor señalar como dentro de esa *intelligentsia* buena parte de sus figuras más relevantes procedían del medio universitario: Miguel de Unamuno, Ortega y Gasset, Julián Besteiro, Luis de Zulueta, Luis Simarro,

¹ Díaz-Plaja, 1973; Navarra Ordoño, 2014.

Fernando de los Ríos, Luis Jiménez de Asúa, Gregorio Marañón, Adolfo Posada, Leopoldo Palacios, etc. eran profesores de universidad que tuvieron un protagonismo destacado en la actividad política de los intelectuales durante esos años. Su actuación supuso un claro precedente de la politización de los años treinta, y el primer punto álgido de un proceso que culminaría durante la Segunda República, de tal forma que la denominada República de los intelectuales podría ser considerada también una República de profesores.

A raíz de la crisis finisecular del XIX en España, la constatación del declive español en el medio internacional y el atraso comparativo respecto a las principales potencias occidentales, un creciente número de intelectuales empezó a dedicarse a señalar los males de la patria desde sus obras de creación y pensamiento, sus cátedras, producciones artísticas, revistas literarias u obras teatrales. Algunos de ellos alcanzaron desde comienzos del siglo XX cierto predicamento en la sociedad a través de distintas plataformas culturales y periodísticas, y desde mediados de los años diez un número creciente de intelectuales con una decidida vocación de participación en la vida política fue alcanzando una gran influencia social a través de la prensa y las revistas generales más influyentes, e incluso a través de algunos grandes actos públicos.

Con frecuencia trataron entonces de explicar los problemas más graves de la sociedad y la política españolas poniendo la mirada en la distancia y los aspectos que nos diferenciaban de los países de nuestro entorno como Francia, Gran Bretaña o Alemania. A través de la presencia de algunos de ellos en la prensa general, ciertos partidos políticos, algunas instituciones, o en la diplomacia cultural, y mediante su destacado protagonismo en algunos de los centros de pensamiento y debate más influyentes como las universidades, el Ateneo de Madrid, o algunos periódicos y revistas, trataron en esos años de influir de forma decisiva en la toma de decisiones de los líderes políticos, e intentaron orientar la canalización de la agitación y la protesta sociales en una movilización política a la que fueron tratando de marcar el norte, con el objetivo de dar un nuevo rumbo al país y promover su modernización y su democratización.

Los intelectuales fueron en esos años protagonistas de una ilusión política para transformar España. Una ilusión que era en buena medida tanto espejismo como esperanza. Visto el proceso en perspectiva, resulta difícil distinguir si muchos de estos intelectuales fueron víctimas de su propio juego y acabaron confundiendo sus análisis teóricos y sus formulaciones con la realidad española e internacional en una suerte de ensoñación,

o si por el contrario trataron de crear una óptica de los acontecimientos que movilizase a la opinión pública y la sociedad en el sentido que ellos deseaban. O en qué momentos y quiénes de ellos pasaron de lo uno a lo otro, de forma consciente o inconsciente porque, aunque resulta peligroso confundir los discursos con la realidad, como buenos intelectuales también sabían que las palabras pueden a veces crear las realidades.

En cualquier caso, parece que una vez abierta la posibilidad de su entrada en la arena política española a raíz de la brecha abierta por la derrota del 98, y ensanchada después con el inicio de la crisis de la Restauración, esa *intelligentsia* encontró en los grandes acontecimientos nacionales e internacionales que marcaron el comienzo del periodo de entreguerras la oportunidad más clara para convertir el colectivo intelectual y en especial a ciertas figuras en actores políticos de primera magnitud. Y la fórmula que utilizaron fue aprovechar la debilidad palpitante generada por las sucesivas crisis españolas, para proyectar sobre nuestra sociedad, nuestro sistema político y nuestras instituciones, los debates políticos e ideológicos que provocaron las graves crisis sucesivas que desangraron y convulsionaron Europa desde 1914, para tratar de alentar así una movilización social que pudiese transformar España.

El resultado, como veremos, fue un fracaso parcial tras las crisis y acciones promovidas al hilo de la Gran Guerra, la triple crisis española de 1917, la revolución rusa, el armisticio o la configuración del nuevo orden internacional creado en Versalles. Sin embargo, el problema español seguía siendo acuciante, y el descrédito político e institucional solo fue en aumento en los años siguientes. Aquel relativo fracaso inicial pareció dejar sepultadas sus aspiraciones con la instauración de la dictadura de Primo de Rivera. Pero la dictadura tampoco solucionó muchos de los problemas existentes, y aquellas crisis que se habían cerrado en falso o por la fuerza, volvieron a aflorar a finales de los años veinte encontrando de nuevo en los intelectuales la punta de lanza para una transformación de la política española que desembocaría en la proclamación de la Segunda República.

La aliadofilia y la proyección de la 1.^a Guerra Mundial en el debate político español

La Gran Guerra y el debate en torno a la neutralidad española fueron así el marco que encontraron los intelectuales españoles para poner en

evidencia la progresiva descomposición política del país, agitar y tratar de canalizar el creciente descontento social, dar un salto cualitativo en su capacidad de influencia sobre la opinión pública y movilizar a buena parte de la sociedad española en un movimiento de cambio².

La identificación que hizo Alcalá Galiano de la izquierda española —incluyendo una parte del Partido Liberal— con la aliadofilia, y las derechas con la germanofilia³, reflejaba hasta cierto punto la sociología española, pero no se puede aplicar con el mismo rigor al campo cultural, donde la mayor parte de los intelectuales de relieve simpatizaron con la causa aliadófila.

La mayor parte de los intelectuales españoles se pusieron así al lado de franceses y británicos, mientras la Rusia de los zares y el frente oriental eran convenientemente obviados en sus discursos. La aliadofilia fue una simpatía personal hacia lo que la cultura política e intelectual francesas significaban, por lo que fueron frecuentes las alusiones a Francia como la patria de la revolución y los derechos del hombre, pero fue también un instrumento que los intelectuales utilizaron para movilizar a los españoles, despertar su conciencia como sujeto político en el comienzo de la sociedad de masas, e intentar quebrar el sistema oligárquico de la Restauración con la intención de reformarlo o derribarlo, según el caso y el momento.

Entre los aliadófilos se contaban todo tipo de intelectuales afines al reformismo como Zulueta, Azaña, Ortega o Pérez de Ayala; republicanos como Blasco Ibáñez o Azcárate; catalanistas como Rovira i Virgili o Pompeu Fabra; socialistas como Araquistáin, Galdós o Besteiro; pero también algún carlista como Valle-Inclán; y conservadores como Armando Palacio Valdés, Alcalá Galiano, Julio Camba, Gazieli; e incluso un diputado conservador como Azorín; sin olvidar otras voces opuestas al canovismo y partidarias de algún tipo de regeneración nacional como las de Unamuno, Maeztu o la plana mayor del institucionismo con Cossío, Castillejo, etc. La aliadofilia integró así a un amplio espectro de intelectuales. No todos militaban o simpatizaban con las ideas progresistas, pero la mayor parte de ellos estaban de acuerdo en la búsqueda de la regeneración de España, para la que consideraban fundamental una victoria aliada.

² A la actuación de los intelectuales españoles en la crisis española de 1917 y la Gran Guerra dediqué un primer trabajo en Ribagorda, 2017.

³ Alcalá Galiano, 1916, p. 22.

Muchos intelectuales aliadófilos visitaron los frentes, y se dejaron querer por el gobierno francés, vertiendo su discurso político a la sociedad a través de todo tipo de actividades, manifiestos, conferencias, artículos en la prensa, y obras literarias de corte propagandístico. Unamuno abominó del militarismo alemán por todas partes, Pérez de Ayala defendió el honor italiano al sumarse a la Entente en su libro *Hermann encadenado*, las crónicas de Azorín en *ABC* —recogidas después en *París bombardeado*— exaltaron la admirable belleza de la vida francesa a pesar de la guerra, y Blasco Ibáñez escribió por encargo de Poincaré una de las novelas más vendidas de todos los tiempos: *Los 4 jinetes del apocalipsis*. Por su parte, Valle-Inclán, en la novela *Un día de guerra (Visión estelar)*, terminó escribiendo que el frente occidental era el moderno *limes* romano de la civilización, y el joven Azaña, que relató el viaje para *El Imparcial*, a su regreso impartió una conferencia en el Ateneo en la que identificó la causa francesa con la justicia universal, la libertad, el progreso y la civilización, frente a la barbarie. De hecho —como ha señalado Santos Juliá—, el Ateneo formaba con la redacción de la revista *España* y la sede del Partido Reformista, los tres situados a pocos metros en la misma madrileña calle del Prado, el verdadero epicentro de la aliadofilia española⁴.

La revista *España*, fundada por Ortega y Gasset en 1915 y dirigida después por Luis Araquistáin ya con capital inglés y francés, pese a cierta pluralidad inicial pronto se convirtió en uno de los emblemas del movimiento aliadófilo, y uno de los principales instrumentos políticos de los intelectuales españoles para derribar el sistema de la Restauración. Según el primer editorial de Ortega, la oportunidad del cambio la ofrecía precisamente la guerra en Europa y la pugna ideológica que había abierto: «El desprestigio radical de todos los aparatos de la vida pública es el hecho soberano, el hecho máximo que envuelve nuestra existencia cotidiana (...) El momento es de una inminencia aterradora. La línea toda del horizonte europeo arde en un incendio fabuloso. De la guerra saldrá otra Europa. Y es forzoso que salga otra España»⁵.

Unamuno fue uno de los intelectuales más activos, el rector salmantino vio la guerra como la colisión entre la civilización cristiana y la pagana *Kultur* germánica, y envistió contra los gobiernos de Dato y Romanones diciendo que con su neutralidad estaban impidiendo a España entrar

⁴ Juliá, 2013, pp. 126-142.

⁵ «España saluda al lector y dice», *España*, 29 de enero de 1915, p. 1.

en la historia de Europa. Su opinión respecto a la podredumbre de los gobernantes españoles y la necesidad de desmontar el tinglado canovista —que identificaba con el autoritarismo alemán—, la expresó con firmeza en la prensa pero tuvo incluso mayor brío en sus cartas. Se opuso a las componendas de Zulueta para pactar con los liberales pues consideraba a Romanones un «vil lacayo de S.M. que tira a Kaisercillo. Porque ese canciller de camarilla volverá a todas sus bajezas y electorerías cuando sustituya a este desdichado de Dato, abismo de negación, de ramplonería y de haraganería» le escribía a Fernando de los Ríos⁶.

Luis Araquistáin habló en el verano de 1915 en *España* de la necesidad de un gesto firme que expusiese la unidad de la izquierda española. El objetivo de la aliadofilia española era derrotar el conservadurismo, y para ello consideraba necesario «no solo ahondar» como proponía Unamuno, sino «exteriorizar la guerra civil que palpita en las entrañas del pueblo español (...) A ver si de esta suerte, mientras Europa se esfuerza en eliminar de su seno el tumor del despotismo prusiano, España, convertida en miniatura de la operación quirúrgica europea, elimina también del suyo el quiste de estas hordas de alma teutónica»⁷.

El gesto se materializó en una de las acciones más destacadas de la aliadofilia, el *Manifiesto de adhesión a las naciones aliadas* en el verano de 1915, promovido por el neurólogo Luis Simarro en las tertulias del Ateneo. Redactado por Ramón Pérez de Ayala, ese manifiesto era la respuesta española al famoso *Manifiesto de los 93*, en que los intelectuales alemanes proclamaban al mundo que Alemania era víctima de una campaña de difamación justificando muchos de los crímenes y atropellos de su Ejército. Según decía el propio manifiesto, los intelectuales españoles aspiraban a que nuestro país dejase de parecer «una nación sin eco en las entrañas del mundo», declarando su adhesión a la causa de la justicia que para ellos representaban los aliados⁸. El documento lo firmaron gran parte de los intelectuales españoles, aunque también hubo quien eludió hacerlo, como Ramón y Cajal, quien según ha señalado Leoncio López-Ocón no

⁶ «Carta de Unamuno a Fernando de los Ríos 25 de mayo de 1915», en Unamuno, 1991, pp.23-26. Véase también Roberts, 2014.

⁷ Araquistáin, Luis, «Vida nacional. La guerra civil», *España*, 22, 25 de junio de 1915, pp. 8-9. Sobre Araquistáin y *España* véase Barrio, 2001. Sobre la guerra de papel de los intelectuales aliadófilos y germanófilos véanse: Meaker, 1988, Fuentes Codera, 2014; Navarra Orduño, 2014; Acosta López, 2017 y Moreno Luzón, 2018.

⁸ «Manifiesto de adhesión a las naciones aliadas», *España*, 9 de julio de 1915, p. 6.

quería comprometer a la JAE, y temía además que de la guerra no saldría una nueva civilización sino una creciente militarización revanchista que conduciría a otro desastre mayor⁹.

En frente estuvo la germanofilia, con mauristas, católicos, militares y carlistas, pero más bien pocos intelectuales de fuste. Es cierto que hubo sectores importantes de la sociedad española que apoyaron la causa alemana y la polémica fue dura y constante, pero aunque haya quien ha tratado de ver una fractura de los intelectuales españoles en dos bandos —que funcionase como antesala ideológica del 36—¹⁰, en realidad entre los germanófilos hubo muy pocos intelectuales de primer orden.

Para justificar la germanofilia de los intelectuales, se ha recurrido a veces a los coqueteos y ambigüedades de Baroja y D'Ors, que simpatizaban con el Reich alemán pero generalmente solo defendían una neutralidad española favorable a los Imperios Centrales¹¹. La germanofilia apenas contó entre los grandes intelectuales con Jacinto Benavente, y para completar una nómina opuesta a la extensa intelectualidad aliadófila habría que recurrir a dramaturgos como Carlos Arniches o Pedro Muñoz Seca —cuya implicación fue escasa—, o poner en el mismo escalón de Unamuno o Valle-Inclán a José María Salaverría, Ricardo León o Juan Pujol, pues el liderazgo del movimiento germanófilo estuvo realmente en manos de los políticos católicos y de extrema derecha como Herrera Oria, Vázquez de Mella¹², José María Gil Robles, el conde de Rodezno o Antonio Goicoechea, que comenzaron a construir entonces —ellos sí— el almacén ideológico de la derecha tradicionalista y reaccionaria de los años veinte y treinta en España.

Muchos intelectuales españoles se empeñaron en dar vuelo y continuidad a la aliadofilia con el objetivo de aprovechar la fuerte polarización social que la guerra europea había provocado, para generar una creciente movilización social de los españoles a través de la que presionar al poder para democratizar España¹³. «En rigor, no hay neutrales. Todos estamos

⁹ López-Ocón, 2016.

¹⁰ Véanse Díaz-Plaja, 1973; y Navarra Ordoño, 2014.

¹¹ Navarra Ordoño, 2014, pp. 46, 152, 159-168. El propio autor señala que el verdadero tono de la germanofilia no lo daban Baroja, Ricardo León o Benavente, sino periodistas anónimos. Véase también García de Juan, 2015.

¹² Sobre Vázquez de Mella y la esfera católica véase Alonso, 2017.

¹³ Esa es la tesis de Fuentes Codera, 2014, quizás la más interesante de las numerosas publicaciones que vieron la luz al hilo del centenario de la Gran Guerra, en lo que a la actividad política de los intelectuales se refiere.

en guerra. No hay más que diferencias de grado», decía Unamuno en el verano de 1916 en *El Liberal*¹⁴, y conforme avanzaba la guerra la fuerza de la movilización social en España, alentada por la aliadofilia intelectual y los políticos de izquierdas, fue también en aumento.

Tras algunas de las batallas más crueles e inútiles de la historia: Verdún, el Somme, Jutlandia, el Isonzo... el entusiasmo bélico inicial se fue desmoronando en Europa. Parecía imposible encontrar una forma de terminar la masacre, y en 1916 empezó a aflorar el enorme desgaste de una guerra total, el hartazgo de las sociedades europeas ante las privaciones que el bloqueo y la movilización bélica generaban en las retaguardias, o el horror y la miseria que se acumulaban en las trincheras provocando un fuerte incremento de las deserciones, los conatos de rebelión y los fusilamientos ejemplarizantes.

La frustración en ambos bandos era tal, que a finales de 1916 las Potencias Centrales tantearon la posibilidad de buscar un acuerdo de paz con el presidente norteamericano Woodrow Wilson como posible mediador. Pero resultó imposible el entendimiento, probablemente porque ninguno de los bandos temía tampoco una rápida derrota, y porque la apuesta y las pérdidas habían sido demasiado grandes para que los responsables saliesen indemnes si se firmaba un armisticio. Una de las geniales viñetas de Bagaría en la portada de la revista *España* retrataba el 16 de noviembre de 1916 un supuesto diálogo del Kaiser Guillermo con su hijo, ambos en uniforme militar, el Kaiser con el *pickelhaube* —ese famoso casco con pincho— como forma de su propio cráneo, y el *Kronprinz* con la calavera y las tibias presidiendo la gorra militar, mientras le pregunta al Kaiser: «Papá, se alían todos contra nosotros... ¿Cuál será el último aliado?»¹⁵, a lo que Guillermo II le respondía apesadumbrado: «Nuestro pueblo...». Bagaría mostraba así lo que ya se intuía y terminaría sucediendo dos años después, empezaba a ser evidente que la guerra se estaba convirtiendo en una gran fuerza revolucionaria en muchas sociedades europeas.

¹⁴ Citado en Fuentes Codera, 2014, p. 129.

¹⁵ *España*, 95, 16 de noviembre de 1916, p. 1.



En varias de las cancillerías de ambos bandos apostaron entonces por acciones ejemplarizantes, cambios de estrategia bélica, o una acentuación del patriotismo y el paternalismo hacia los combatientes, pero también por redoblar los esfuerzos para involucrar de forma directa o indirecta a los países neutrales, tratando de desequilibrar las tablas. Franceses e ingleses, por una parte, y alemanes por otra, multiplicaron entonces su ofensiva diplomática y cultural, a través de la compra de periódicos y revistas, la captación de intelectuales y la implementación de acciones en el mundo académico como escenarios secundarios del conflicto¹⁶.

¹⁶ Sobre la creación del *Institut d'Études Hispaniques* de París en la *Sorbonne*, y las vinculaciones del desarrollo del hispanismo con la 1.^a Guerra Mundial véase: Ribagorda, 2019.

En España el ambiente político vivía una tensión similar a la europea. Los estragos causados por la carestía y la inflación general, así como los grandes negocios derivados del suministro durante la Gran Guerra acentuaron los desequilibrios sociales. Se amasaban grandes fortunas gracias a la guerra mientras los trabajadores vivían cada vez peor debido a la inflación, evidenciando aún más la incapacidad y el desinterés de los partidos del turno para dar solución a los acuciantes problemas de las clases medias y las capas populares.

Desde el Ateneo y la revista *España* dieron un paso más en sus esfuerzos de movilización política con una nueva adhesión pública a la causa aliada, la creación de la Liga Antigermanófila, una nueva plataforma política liderada por Luis Araquistáin, que salió a escena el 18 de enero de 1917. Su puesta de largo fue el acostumbrado manifiesto, firmado esta vez por cerca de setecientos nombres, entre los que sobresalían intelectuales como Unamuno, Galdós, Azorín, Pérez de Ayala, Azaña, Marcelino Domingo o Antonio Machado, etc. Cabe destacar que los nombres aparecían ordenados por su actividad profesional, y el grupo más extenso con diferencia era el de los catedráticos. También figuraban allí diversos dirigentes políticos de izquierdas, en lo que parecía insinuarse como una posible recomposición de la Conjunción Republicano-Socialista. La hostilidad de la Liga se dirigía a los germanófilos españoles más que a las Potencias Centrales, mostrando que su fin era promover una reforma política en España. Su directiva, elegida en el Círculo Reformista de Madrid, estuvo presidida por el doctor Simarro, con Galdós de presidente honorario¹⁷.

Rusia y Estados Unidos entran en el debate

Las tensiones internas y el desgaste provocados por la guerra acentuaron las posiciones revolucionarias en los países en liza, y en febrero de 1917 estalló la revolución en Rusia.

Al contrario de lo que podría pensarse, cuando se produjo la revolución rusa no hubo ningún tipo de conmoción en la sociedad española, que a esas alturas había contemplado ya tantas cosas inimaginables. Sin embargo, los puntos de vista dominantes sobre la cuestión fueron paradójicamente inversos a lo esperado, pues las esperanzas depositadas en el desen-

¹⁷ «La Liga Antigermanófila», *España*, 18 de enero de 1917, pp. 4-7.

lace de la guerra provocaban los más extraños compañeros de viaje. Así, los germanófilos, los conservadores e incluso el muy monárquico diario *ABC*, saludaron y aplaudieron la revolución rusa que se llevó por delante la secular monarquía de los Romanov, cuya caída debió causar bastante inquietud en Palacio. Del mismo modo, la pléyade de diarios y periodistas que la embajada alemana tenía en nómina en nuestro país celebraron también la revolución.

En marzo de 1917, unos días después de la caída del zar Nicolás II, el dramaturgo Manuel Linares Rivas celebraba en las páginas de *ABC* la revolución, por considerarla «el fin de la guerra europea», explicando que «cueste lo que cueste esa revolución será siempre menos costosa, menos cruenta y menos trágica que la continuación indefinida y cada día más amenazadora de la guerra actual». Estaba seguro de que provocaría la salida de Rusia de la guerra, la desaparición del cerco oriental sobre Alemania, y la victoria de los Imperios Centrales. La revolución era para los conservadores un mal menor¹⁸.

A la postre, pocos lamentaron la caída del zar. Los gobiernos de la Entente se apresuraron a reconocer el gobierno provisional de Lvov el 22 de marzo, y los aliadófilos utilizaron la apertura liberal de Rusia en su discurso de legitimación política. Algunos intelectuales españoles vieron la posibilidad de que en España esto provocase una revolución de cariz liberal, si se intensificaba lo suficiente la guerra dialéctica. Pero lo cierto es que se sabía muy poco de lo que estaba sucediendo en Rusia, y a la mayor parte de los intelectuales la revolución de febrero y el derrumbamiento de la autocracia zarista les sirvieron para redondear el discurso de la aliadofilia. Como escribía Araquistáin, la revolución rusa «da a los pueblos aliados una unidad política que les faltaba»¹⁹.

El estallido de la revolución rusa y el clima revolucionario que generó en Europa parecían confirmar que la guerra traería las transformaciones políticas y sociales al continente, y provocaría la revolución allí donde esas transformaciones fuesen bloqueadas.

Como estudió Juan Avilés en un interesante trabajo sobre los ecos e influencias de la revolución rusa en España, en marzo de 1917 los socialistas españoles se sumaron mayoritariamente a la campaña aliadófila, rechazando la corriente revolucionaria. Después con la llegada de Lenin a

¹⁸ Linares Rivas, Manuel: «El principio del fin», *ABC*, 21 de marzo de 1917, pp. 5-6

¹⁹ Araquistáin, Luis: «Pan, guerra, libertad», *España*, 113, 22 de marzo de 1917, pp. 3-4.

Rusia, y la proclamación de las tesis de abril, muy pocos socialistas españoles —más proclives a la vía parlamentaria que a la revolucionaria— simpatizaron con los maximalistas, mientras que eran los anarquistas de la CNT los que más se identificaban con los Soviets —verdadero embrión de un modelo autogestionario después frustrado—. Solo algún reformista como Luis de Zulueta acertó a ver la profundidad que el proceso iniciado en Rusia podía alcanzar, y desde las páginas de *El Liberal*, durante la primavera de 1917, mostró su anhelo en que más que una revolución liberal en aquel movimiento se estuviese gestando un mundo nuevo: «Yo creo que, si a la humanidad le quedan fuerzas para engendrar un nuevo ideal total de vida, una nueva fe, esa fe vendrá de Rusia»²⁰.

La esperanza para los aliadófilos llegó sin embargo desde los Estados Unidos, cuando el presidente Wilson declaró la guerra a Alemania. Si hasta entonces Wilson había sido calificado por la prensa y los intelectuales españoles como un germanófilo encubierto por su propuesta de paz —basta recordar la portada de *España* el 28 de diciembre de 1916 con Wilson caracterizado como un buitre y al pie de la caricatura la frase «El demonio harto de carne... de cañones, se mete a fraile... pacifista»—, de pronto Wilson se había convertido en la gran esperanza de la civilización.

«¡Bien, muy bien por América! La patria de Washington y de Lincoln no podía faltar a esta gran Revolución», escribía Unamuno al hispanista norteamericano Everett W. Olmsted²¹. Y es que, con la entrada de los Estados Unidos en la contienda, a los aliadófilos españoles empezaba a cerrárseles la cuadratura del círculo. Por fin sus repetidos argumentos de una guerra contra el autoritarismo y el imperialismo alemanes y en defensa de la democracia y la civilización occidental cobraban visos de verosimilitud, al haberse desembarazado del incómodo apoyo de la autocracia zarista a la Entente, y haber ganado para su causa al país de la primera revolución liberal, que además declaraba entrar en guerra en defensa de los pueblos oprimidos y el derecho de las nacionalidades frente a los grandes imperios. Entre los intelectuales españoles ganaba enteros la ensoñación de la guerra como una nueva revolución francesa a nivel mundial, que alimentaba su particular discurso, y convirtió la idea de democracia en el principal argumento aliadófilo para el resto del conflicto. Quedaba por ver

²⁰ Citado en Avilés, 1999, pp. 29-41, y 56-60.

²¹ «Carta de Unamuno a Everett W. Olmsted, 7 de abril de 1917», en Unamuno, 1991, p. 58.

si el rey y los partidos se abrían a la reforma constitucional, o la democracia debía ser republicana.

El nivel de movilización y polarización alcanzado en España necesitaba de una convergencia entre los intelectuales, los partidos políticos y la sociedad. Tal encuentro se escenificó en dos mítines antagónicos celebrados en la madrileña Plaza de Toros de Goya, un acontecimiento extraordinario que mostraba como los intelectuales y la agitación derivada de la guerra habían puesto las bases para la creación de una nueva cultura política de masas.

El primer mitin estuvo a cargo de Maura el 29 de abril de 1917. Se trataba de un acto antialiadófilo cargado de retórica patriótica, con el que Maura inauguraba la política de masas dentro del canovismo, con un discurso de salvación nacional. La prensa germanófila exaltó su discurso favorable a respetar a Alemania y mantener la neutralidad, mientras que la prensa aliadófila explotó sus contradicciones, e incluso en la revista *España*, Araquistáin le desacreditó e inició la reedición del llamamiento al ¡Maura, no!, promoviendo ya una convocatoria aliadófila²².

De esta forma, unas semanas después, el 27 de mayo, se produjo en el mismo lugar otro gran mitin de las izquierdas convocado por la revista *España* y los socios del Ateneo. Fue, de nuevo, un acto antigermanófilo financiado por las embajadas de Francia y Gran Bretaña, que como señaló Santos Juliá «era a la vez germen y promesa de la unión de todas las izquierdas, socialistas, republicanos y reformistas, marchando de nuevo de la mano en el común propósito de forzar la apertura de un periodo constituyente, o de reforma constitucional»²³.

Melquíades Álvarez planteó allí su alineación con el republicanismo, mientras que Ovejero insistió en la idea del PSOE de que la guerra sería la partera de la revolución. Más exaltado, Lerroux llegó a decir que «aquí está presente la soberanía popular; pero [mirando al palco regio] la que está ausente es la soberanía real. Ausente, como en Rusia, la queremos siempre»²⁴.

Aquel mitin iniciaba la última fase del proceso de movilización política de la sociedad española puesto en marcha por los intelectuales bajo

²² Araquistáin, Luis: «Maura sobre el toril. El mitin de la heroica neutralidad», *España*, 3 de mayo de 1917, pp. 1-5.

²³ Juliá, 2013, p. 143.

²⁴ «España ante la guerra. El mitin de las izquierdas», *El Imparcial*, 28 de mayo de 1917, p. 1; «El mitin de ayer», *El Liberal*, 28 de mayo de 1917, p. 1; «Los intervencionistas. El mitin de izquierdas», *ABC*, 28 de mayo de 1917, p. 1.

el manto de la aliadofilia. En él participó también Unamuno que, viendo el ejemplo de Rusia, o la situación límite que vivía el rey Constantino en Grecia precisamente por oponerse a la creciente aliadofilia liderada por Venizelos, insistió en la idea de que la Gran Guerra era en realidad una nueva revolución francesa y lanzó su propia advertencia al monarca: «estamos asistiendo a una revolución, y los Soberanos se desmoronarán si no saben cimentarse en ideas democráticas, en ideas de libertad»²⁵.

Los intelectuales ante las crisis españolas de 1917

Los intelectuales fueron así los creadores de la oportunidad para la movilización que las fuerzas políticas marginadas del turno y el movimiento obrero lanzaron contra el sistema de la Restauración en el verano de 1917. Sin embargo, en las sucesivas actuaciones de aquel verano, los intelectuales quedaron relegados al papel de meros espectadores.

Antes de que se articulase algún tipo de acción revolucionaria en España, entró en escena el Ejército. El movimiento de las Juntas de Defensa sorprendió a los intelectuales aliadófilos una semana después del mitin, e inició la fragmentación de su estrategia²⁶.

Como señaló Paul Aubert, muchos socialistas tuvieron una actitud comprensiva ante las Juntas de Defensa, y algunos como Besteiro y Araquistáin lo vieron como un movimiento de renovación en la línea de Rusia y Grecia que podía propiciar la caída del canovismo²⁷.

Ortega publicó su famoso artículo: «Bajo el arco en ruina», en el que hablaba de una crisis institucional irremediable. Para Ortega, «el acontecimiento de Barcelona es mucho más grave que una revolución... porque puede ser una serie de revoluciones». Ortega consideraba que el régimen había llegado a un punto de no retorno y reclamaba abiertamente unas Cortes constituyentes²⁸.

²⁵ «El mitin de la plaza de toros. Las izquierdas y los problemas actuales», *La Correspondencia de España*, 28 de mayo de 1917, p. 5.

²⁶ Sobre la crisis española de 1917 véanse González Calleja, 2017; Romero Salvadó, 2002; y Romero Salvadó, 2017.

²⁷ Aubert, 1978, p. 263. Araquistáin, Luis: «Justicia para todos. La democracia no es antimilitar», *El Liberal*, 5 de junio de 1917, p. 1.

²⁸ Ortega y Gasset, José: «Bajo el arco en ruina», *El Imparcial*, 13 de junio de 1917, p. 1.

Con todo, Ortega, como muchos otros, lejos de reprobar la acción de los militares, proyectó sobre ella la ilusión de que podrían ser el instrumento para acabar con la vieja política. Pocos años después, cuando el filósofo terminó de traspasar la raíz del problema español de los políticos a la sociedad, en su *España invertebrada* reinterpretó su visión de las Juntas de Defensa, y habló entonces de la frustración del Ejército español tras la derrota del 98, su situación en Marruecos y la imposibilidad de resarcirse de todo ello combatiendo en la Primera Guerra Mundial, e interpretó el movimiento juntero como una insubordinación más de los hombres masa contra las minorías egregias:

Las Juntas de Defensa no son, a la postre, sino otro ejemplo de esta subversión moral de las masas contra la minoría selecta. En los cuartos de bandera se ha creído de buena fe —y esta buena fe es lo morboso del hecho— que allí se entendía de política más que en los lugares donde, por obligación o por devoción, se viene desde hace muchos años meditando sobre los asuntos públicos.²⁹

La acción de las Juntas de Defensa sorprendió en Londres al secretario de la Junta para Ampliación de Estudios, José Castillejo, desde donde habló de la necesidad de acabar con la corruptela de la Restauración. A Cossío le indicó entonces que ante tal situación había que advertir «a todo el elemento sano español que se espera de él un esfuerzo para despejar, cueste lo que cueste, la situación política e instaurar un sistema de decencia. Ojalá tengan vista y tacto», escribía Castillejo³⁰.

Manuel Azaña —muy interesado en la reforma militar y estudioso del modelo francés durante la guerra— fue muy crítico con las falsas esperanzas y las posibles consecuencias de aquella protesta armada³¹. Otros como Adolfo Posada criticaron la violencia de las fuerzas de orden público, y advirtieron de las consecuencias de una protesta armada, mientras que Ramón Pérez de Ayala fue aún más contundente: «Un especialista en patología política hubiera podido asimismo formular el diagnóstico y el siguiente pronóstico del morbo español de 1917. Diagnóstico: orquitis; esto es, una inflamación o hipertrofia de los órganos viriles. Pronóstico: esterilidad»³².

²⁹ Ortega y Gasset, José: «Patología nacional. I. Imperio de las masas», *El Sol*, 4 de febrero de 1922, p. 3.

³⁰ «Carta de José Castillejo a Cossío, 18 de junio de 1917», en Castillejo, 1998, p. 338.

³¹ Juliá, 2008, p. 162.

³² Pérez de Ayala, 1918, p. 142, citado en Aubert, 1978, p. 261.

La reivindicación corporativa estuvo muy por encima de la crítica social o política dentro de las Juntas de Defensa, que si no abrieron un cauce revolucionario —poco esperable por otra parte— al menos sí mostraron la fragilidad del Estado español.

Poco después, con las Cortes cerradas y los cuarteles haciendo política, el siguiente estallido tuvo lugar en Barcelona. Fueron allí los políticos catalanistas y la izquierda parlamentaria quienes convocaron una Asamblea de Parlamentarios que siguiendo el modelo de la Revolución Francesa decidió reunirse fuera de la sede oficial para forzar un cambio. El gobierno lo consideró un acto de sedición, y catedráticos como Besteiro o Adolfo Posada la saludaron por abrir un cauce a la nueva política, pero ciertamente los intelectuales estaban también fuera de esta acción.

Ante la proclamación de la Asamblea de Parlamentarios, Castillejo señaló la esterilidad de un cambio de políticos, pues a su juicio la crisis española era una crisis institucional, de conciencia y de educación, tal como le confesaba a Cossío desde Londres a finales de julio:

Creo que en un solo punto hay cierto estado de conciencia pública, aunque débil: el descontento. Pero no contra los políticos, sino del país consigo mismo. Comienza a conocer y sufrir su ignorancia y corrupción. Los políticos son fiel reflejo, en general, pero no causa. Los esfuerzos por cambiar la política me parecen vanos, vengan de donde quieran.³³

El intento de generar un doble poder por la Asamblea de Parlamentarios, para conseguir que se convocasen unas Cortes Constituyentes quedó sobrepasado al estallar una revolución obrera en agosto. El gobierno aceptó entonces algunas de las reivindicaciones corporativas del Ejército, y ordenó a este la represión de la acción revolucionaria. La huelga había encontrado a Ortega de vacaciones en el Cantábrico, y su amigo el editor Ruiz Castillo le explicaba que inicialmente pareció una revolución, pero «no ha habido más que el ademán revolucionario de echar masas a la calle» y después todo fue un caos mal organizado, a su juicio. «En cuanto a los Besteiros y Saborits se ha visto una vez más que son el tipo de vulgar iluso y están infinitamente por bajo de la fuerza que los obreros han puesto en sus manos pecadoras», con lo que al gobierno «le ha tocado la

³³ «Carta de José Castillejo a Cossío, 26 de julio de 1917», en Castillejo, 1998, p. 356.

lotería» concluía el editor de Biblioteca Nueva³⁴. El juicio final de Ortega llegó algún tiempo después en *España invertebrada* y fue en la misma línea, despreciando la huelga de agosto como «una revolucioncita» impulsada por un grupito de republicanos y socialistas de espaldas a la nación³⁵, aunque no entró en juicios personales sobre Besteiro, que era compañero suyo en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid.

En esta ocasión la represión fue muy dura. Besteiro y el comité de huelga fueron encarcelados, y condenados a cadena perpetua por un Consejo de Guerra. Besteiro recibió entonces una gran solidaridad del medio académico. En la cárcel le visitaron alumnos y compañeros de la universidad como Menéndez Pidal, Cossío, Adolfo Posada, Rafael Altamira o Rafael Ureña. Por Real Orden de 10 de octubre de 1917 fue separado de la cátedra de Lógica de la Universidad Central, y como admirable respuesta Cossío y García Morente organizaron una colecta para recaudar mensualmente su sueldo financiado por 374 suscriptores entre los que figuraron sus compañeros de Madrid: Rafael Altamira, Américo Castro, Manuel Gómez Moreno, José Castillejo, Manuel Bartolomé Cossío, Blas Cabrera, Lorenzo Luzuriaga, Menéndez Pidal, Ortega y Gasset, Ramón y Cajal, Luis de Hoyos..., y otros profesores de provincias y personalidades como Unamuno, Clara Campoamor, Giral, Rosa Sensat, Antonio Machado, etc.³⁶. Además, García Morente se encargó de sus clases evitando que su plaza saliese a concurso, de tal manera que pudo recuperarla después, según han explicado sus biógrafos³⁷.

Marcelino Domingo se ganó también la cárcel por una amenaza velada en su petición de abdicación al monarca, al escribir que «los reyes, ha dicho Voltaire, han de tener el instinto de poner fin oficial a su reinado para evitar al país el trance doloroso de liquidar a un mismo tiempo al reinado y al rey»³⁸. El objetivo democrático de los intelectuales y ciertas fuerzas sociales parecía pasar cada vez más por la vía republicana.

Las condenas dieron paso a una campaña pro amnistía, con una serie de manifestaciones y de respuestas en la prensa, que desautorizaban la

³⁴ «Carta de Ruiz Castillo a Ortega, 17 de agosto de 1917», *Archivo de José Ortega y Gasset*, Fundación Ortega-Marañón, Correspondencia, Doc. 830.

³⁵ Ortega y Gasset, 1921, p. 88.

³⁶ Las cartas de adhesión se conservan en el *Archivo General de la Universidad Complutense de Madrid*, Expediente de Julián Besteiro, SG-1361.

³⁷ Blas Zabaleta y Blas Martín-Merás, pp. 133-156.

³⁸ Domingo, Marcelino, «¿Qué espera el Rey?», *La Lucha*, 23 agosto 1917, p. 3.

sentencia. Fernando de los Ríos consideró que la represión fue el fruto de la traición de la burguesía representada en la Asamblea de Parlamentarios, con lo que el profesor granadino rompía sus lazos con el reformismo político. De los Ríos criticó abiertamente la diferencia de trato recibido entre los militares de junio y los obreros de agosto:

¿Quién tiene, pues, hoy derecho a castigar? Toda sentencia es el colario que se desprende de un sistema de principios de Derecho que se afirman por los Tribunales como principios invulnerables; siendo así, y hallándose deshecho todo nuestro orden jurídico, nosotros preguntamos con el más hondo respeto a los hombres de honor y derecho: ¿quién tiene hoy en España autoridad moral para castigar por rebelión?

Fernando de los Ríos acusó además a los caciques de controlar a los jueces, y advirtió de que la rebeldía en España significaba a estas alturas, precisamente la «apetencia de ley», es decir, la búsqueda de un ordenamiento legítimo frente a la corruptela e ignominia imperantes, hecho que solo podía llegar con una nueva Constitución³⁹.

Hubo gran acuerdo entre los intelectuales contra la actuación del gobierno en la huelga y en defensa de la amnistía, y algunos como Unamuno fueron incluso más lejos y pidieron que se olvidasen de indultos o amnistías, lo que el comité de huelga y España necesitaban era justicia: «Hay que ser justo mandando que se liberte del presidio a los que no delinquieron, que no es delito manifestar pacíficamente la voluntad de cambiar el régimen constituido»⁴⁰.

Según la clásica interpretación de Paul Aubert, la crisis de 1917 y sus consecuencias fijaron tres tipos definidos de intelectuales: unos intelectuales orgánicos de una burguesía modernizadora que aspiraban a transformar a las masas en clase media y renunciaban a la acción política —Ortega, Pérez de Ayala, Adolfo Posada—; los que traspasaron sus prejuicios para abanderar la clase obrera creyendo dirigirse al proletariado —los socialistas Julián Besteiro y Fernando De los Ríos—, y los más independientes que no aspiraban a representar a la burguesía ni dirigir al proletariado, como Unamuno o Machado.

³⁹ De los Ríos, Fernando: «¿Quién tiene hoy derecho a castigar?», *España*, 1 de noviembre de 1917, p. 5.

⁴⁰ Unamuno, Miguel: «Ni indulto ni amnistía, sino justicia. Si yo fuese rey», *El día de Madrid*, 15 de noviembre de 1917, citado en Aubert, 1978, 273.

Pese a la frustración, algunos intelectuales sacaron conclusiones positivas de la triple oleada revolucionaria del verano del 17, como Araquistáin que lo consideró la versión española del proceso revolucionario europeo de 1917⁴¹.

El más contundente de todos fue de nuevo Pérez de Ayala, que vinculó el impacto de la guerra europea con el frustrado ciclo revolucionario español, señalando el enfrentamiento entre una nación hambrienta y un Estado dirigido por «plutócratas opulentos». Pérez de Ayala consideraba que solo había un porqué de todas las revoluciones: «la absoluta unanimidad de opinión» sobre «ciertos hechos fundamentales de la vida pública». Así, a comienzos de junio de 1917, para él «todos los españoles se mostraban convencidos de la perfecta incapacidad, punible desidia y deshonesto conducta de casi todos sus gobernantes». El problema de fondo, evidentemente, era que «el sufragio universal que de facto se practica en España es una farsa, representada por una pandilla de farsantes, que son todos los políticos de profesión (...). Solo en este punto concreto coincidían las opiniones de todos los españoles». Para Pérez de Ayala eso no era nuevo, pero en el verano de 1917 «la opinión pública, que antes estaba de espaldas al mundillo político, fingiendo ignorarlo y sin duda desdeñándolo, se le volvió de cara y con talante hostil»⁴².

La recepción de la Revolución Soviética

La crisis española no condujo a nada de forma inmediata, pero la guerra y la escalada política continuaban en Europa, y en el otoño de 1917 se produjo el acontecimiento crucial de la revolución de octubre en Rusia. Sin embargo, pocos socialistas españoles simpatizaron con la revolución rusa, pues su visión estaba aún más influenciada por la perspectiva de la Gran Guerra y sus posibles repercusiones en España, que por la puerta que se abría para el triunfo del socialismo en el mundo, y el temor a la salida de Rusia de la guerra que las tesis de Lenin habían anunciado preocupó a muchos socialistas españoles. La revolución bolchevique había encontrado a los aliadófilos y a los propios socialistas españoles con el pie cambiado, y provocaba más temor que esperanza, porque la gue-

⁴¹ Aubert, 1978: 309-310. El mismo autor publicó después un análisis de mayor recorrido en Aubert, 2010.

⁴² Pérez de Ayala, 1918, pp. 126-134.

rra y la aliadofilia seguían siendo el elemento vertebrador de su cosmovisión. Como ha explicado Maximiliano Fuentes, ni siquiera los socialistas apoyaron la revolución bolchevique: «Las noticias que recibimos de Rusia nos llenan de amargura» tituló el 10 de noviembre de 1917 *El Socialista*⁴³.

Un vistazo a la prensa española de esos días muestra también el nivel de desinformación que existía en nuestro país sobre lo que estaba sucediendo realmente en Rusia. Los periódicos difundían todo tipo de rumores infundados hablando incluso de la detención de Lenin, lo que ponía en evidencia el problema de unos medios de comunicación sin apenas corresponsales propios que recibían la mayor parte de la información a través de las agencias y los corresponsales en París y Londres, donde las noticias pasaban por la censura bélica.

La conjunción de esos factores —ausencia de información directa y fiable, y predominio de la visión de la revolución desde los intereses depositados en el desenlace de la guerra— derivaron en una notable distorsión de la percepción española sobre la revolución de octubre. La mayor parte de los aliadófilos recelaron de la revolución de octubre, y algunos hablaron entonces de Lenin como un agente alemán, igual que habían dicho de Wilson el año anterior.

A los lectores españoles aquella revolución les resultaba tan interesante como desconocida, y Corpus Barga llegó a publicar en *El Sol* un inventario en tres entregas con una serie de semblanzas de los protagonistas, en las que caracterizaba a Lenin como «el maximalista» introductor del marxismo en Rusia, «de menos condiciones oratorias que los otros hombres de la revolución, resulta terrible por su dialéctica». Para Corpus Barga, Trotsky era un «socialdemócrata, maximalista, casi leninista» y «gran orador popular» que había pasado por las cárceles españolas. Frente a ellos, el entonces desaparecido Kerenski le parecía un célebre abogado socialrevolucionario, y explicaba que eran Kornilov y Kaledín los generales de la contrarrevolución que lideraban a los cosacos apoyados por la gran prensa rusa, «porque ellos ya tienen repartidas las tierras, y una reforma agraria podría perjudicarles».

Corpus Barga no caía en el error de calificar a Lenin de agente alemán, pero resaltaba su carácter belicista por haber anunciado con Zinoviev la necesidad de una lucha de clases en forma de guerra civil de li-

⁴³ Fuentes Codera, 2014, 184-185; Fuentes Codera, 2016, pp. 277-300.

beración⁴⁴, obviando sin embargo que esa retórica belicista había sido precisamente la estrategia de los intelectuales aliadófilos durante toda la conflagración, desde el famoso «Venga la guerra» de Unamuno⁴⁵.

Diversos periódicos conservadores y germanófilos celebraron la revolución rusa, al coincidir con Ludendorff en que ese desorden provocaría el armisticio ruso que podría desencadenar la victoria germana, y menospreciaban a esos intelectuales rusos que habían vivido exiliados en Suiza. Sin embargo, la perspectiva no era uniforme, como muestran por ejemplo los escritos de una corresponsal de *ABC* —desconocida entonces y recientemente popularizada por la reedición de sus escritos sobre la guerra—, la periodista Sofía Casanova. Se trataba de una de las pocas periodistas que habían conocido la guerra de cerca, defendiendo durante esos años posturas pacifistas, y era también la única corresponsal de *ABC* en Rusia en los primeros momentos de la revolución. Sofía Casanova escribió diversas crónicas primero y libros después, donde identificaba a Lenin y los maximalistas con los intereses alemanes en la guerra.

Como señaló Juan Avilés, Casanova, que no era germanófila, admiró inicialmente la figura de Lenin y las esperanzas que la revolución desató. En diciembre de 1917 entrevistó a Trotsky y desde entonces presentó la revolución bolchevique como un «fanatismo de esclavos rebeldes», y a Lenin como un fanático del comunismo utópico capaz de alentar las ilusiones de los rusos. En los meses siguientes Sofía Casanova desmontó la idea del caos revolucionario explicando algunos aspectos de la organización del nuevo Estado, aunque con el paso del tiempo acabó pronosticando la derrota de los bolcheviques en la guerra civil rusa a manos de los rusos blancos y los campesinos⁴⁶.

La desinformación y la distorsión de la prensa española respecto a la revolución bolchevique tenían su ejemplo máximo en la frecuente caracterización de Lenin como un agente alemán dentro de los medios republicanos y socialistas. Como recogía Andreu Navarra, Rovira i Virgili —por poner un ejemplo— en diciembre de 1917 explicaba en *La Publicidad* que «Lenin ha estado laborando por Alemania, estimulado y ayudado por repetidas entregas de dinero germánico. Desde que la guerra empezó, Le-

⁴⁴ Barga, Corpus: «Los hombres, las mujeres y las ideas de la revolución rusa», *El Sol*, 3 de diciembre de 1917, p. 2.

⁴⁵ Unamuno, Miguel de, «Venga la guerra», *Nuevo Mundo*, 21 de septiembre de 1914, p. 5.

⁴⁶ Avilés, 1999, pp. 31, 77-78. Sobre Sofía Casanova véase Ochoa Crespo, 2017.

nin estuvo realizando en Suiza una violenta campaña, no ya pacifista, sino aliadófoba»⁴⁷. La prensa republicana fue desde el comienzo abiertamente hostil a los bolcheviques porque el proyecto político de los maximalistas —como los solían definir— desbordaba con mucho el liberalismo radical que defendían, y porque a fin de cuentas diarios y periodistas estaban a sueldo de las embajadas francesa y británica⁴⁸.

Rovira i Virgili y los republicanos no eran los únicos que embestían contra Lenin. También lo hacían otros como Julio Álvarez del Vayo que en diciembre de 1917 escribía que los leninistas eran germanófilos encubiertos, y calificaba al líder bolchevique como una «calamidad». El juicio del socialista Álvarez del Vayo tenía un valor añadido por el hecho de haber tratado tiempo atrás a Lenin en Suiza, al que presentaba como un desastre mundial que podía provocar el hundimiento de la democracia francesa, una calamidad solo superada por «toda esa cohorte de gentes entontecidas por unos cuantos principios abstractos, que forman la extrema izquierda del zimmerwaldismo» que desde Suiza festejaban entonces el alto el fuego ruso. «Digámoslo sin rodeos: sabiéndolo, o en ignorancia, la mayoría de los que hoy festejan desde fuera de Rusia el triunfo de la política de Lenine (*sic*), no son otra cosa que germanófilos enmascarados de internacionalistas», afirmaba el socialista español⁴⁹.

La posición de Álvarez del Vayo estaba extraordinariamente mediatizada por las esperanzas que los aliadófilos españoles habían depositado en una victoria aliada como fuente de transformaciones políticas, hasta el punto de que incluso un socialista como él, que sería un temprano partidario de la III Internacional y acabaría ejerciendo de embajador en Moscú, a la altura de 1917 prefería la victoria de Clemenceau a la revolución de los Soviets, y no dudaba en atacar a los socialistas de Zimmerwald, pese a haber participado junto a Rosa Luxemburg en las movilizaciones contra la guerra que se organizaron en 1914 en Alemania, así como en las protestas contra el asesinato de Jean Jaurès en Francia.

Solo Luis Araquistáin y una pequeña facción que después acabaría desajándose del PSOE a raíz de la III Internacional celebraron tímida-

⁴⁷ Rovira i Virgili: «Lenin y Trotski», *La Publicidad*, 8 de diciembre de 1917, citado en Navarra, 2016, p. 25.

⁴⁸ González Calleja y Aubert, 2013, presentan una amplia información sobre la compra de periodistas y diarios durante la guerra.

⁴⁹ Álvarez del Vayo, Julio: «El Internacionalismo Zimmerwaldiano», *El Sol*, 21 de diciembre de 1917, p. 2.

mente el cambio histórico que suponía. Araquistáin había admirado la revolución de febrero y el movimiento bolchevique, pero después criticó su posición pacifista, aunque intuyó la posibilidad del contagio revolucionario en el centro de Europa. En la misma línea se expresaría pocos meses después el republicano Marcelino Domingo, que en el diario *La Lucha* criticaba el daño que el armisticio ruso hacía para los intereses españoles en la guerra, pero no por ello aceptaba la condena generalizada del bolchevismo, que veía como una revolución noble y de altos ideales⁵⁰.

El rumbo de las conversaciones de paz entre rusos y alemanes despertaron todo tipo de críticas y descalificaciones en la prensa aliadófila hacia la revolución rusa. El 28 de diciembre de 1917, *El Sol* tituló en portada: «La Maniobra de Brest-Litovski. Imperialismo y anarquismo se han puesto de acuerdo». El diario de Urgoiti y Ortega insinuaba que las buenas relaciones entre la cancillería alemana y los bolcheviques — a los que se definía como anarquistas — eran fruto de una idiosincrasia o unos objetivos comunes. «Nos resistimos a creer (casi lo negaríamos) que Lenin sea un despreciable agente alemán a sueldo», decía el editorial, al tiempo que insinuaba la posibilidad de que Hindenburg y Lenin tuviesen pactado previamente el acuerdo, y ante la aceptación por parte de los austriacos de una paz «sin indemnizaciones ni anexiones» a la que Lloyd George se oponía frontalmente, temían que sirviese cuando menos para proporcionar un tiempo precioso en el que los alemanes pudiesen concentrar todas sus fuerzas sobre el frente occidental con un desenlace fatídico⁵¹.

El tiempo acabaría demostrando las lesivas consecuencias para Rusia de la paz, pero eso no hizo sino afianzar la animadversión inicial de la aliadofilia española hacia la revolución bolchevique, por lo que las enormes concesiones territoriales y el cese de las hostilidades en el frente ruso significaban para las aspiraciones de la Entente, y solo la posterior intervención franco-británica en la guerra civil rusa generó un rechazo bastante amplio.

⁵⁰ Fuentes Codera, 2014, pp. 184-185. Avilés, 1999, pp. 51, 53-54.

⁵¹ «La Maniobra de Brest-Litovski. Imperialismo y anarquismo se han puesto de acuerdo», 28 de diciembre de 1917, *El Sol*, p. 1.

La ensoñación de la victoria: Wilson, Versalles y la Sociedad de Naciones

La revolución rusa que había desligado la incómoda autocracia zarista de la idealizada Entente, y la entrada de Estados Unidos en la guerra con los 14 puntos de Wilson como plan para la paz, habían dado a la versión española del discurso de la aliadofilia una cohesión y verosimilitud de las que en gran medida había carecido hasta entonces.

Así, en enero de 1918 un editorial de *España* se atrevió a presentar ya las claves de un completo programa de gobierno de izquierdas. En él se condenaba la corruptela vigente, la incompetencia de los gobernantes y de la clase empresarial, y se proponía la reforma constitucional, la plena soberanía parlamentaria, la disolución de las Juntas de Defensa, el reforzamiento de los derechos individuales y las garantías jurídicas, la persecución de la corrupción electoral, la duplicación de los presupuestos estatales para educación y servicios públicos, y la creación de un modelo de intervención estatal y obrera en la economía, a imitación del modelo de intervención estatal que la guerra trajo al resto de Europa⁵².

Tras el fracaso de los proyectos reformistas en la triple crisis del verano de 1917 en España, los intelectuales españoles cifraron definitivamente sus esperanzas para la democratización del país en el desenlace de la Gran Guerra, con el espíritu de Wilson y el proyecto de la Sociedad de Naciones como motores que forzasen la reforma constitucional española. Wilson, al que se había tachado de germanófilo hasta la entrada en guerra de Estados Unidos, era ahora la gran esperanza, los intelectuales españoles pensaban que el presidente norteamericano debía imponer la democracia en el mundo.

La acción norteamericana en el frente occidental desató cierta euforia, con la ilusión de que el nuevo orden internacional que saldría de la guerra liquidaría los últimos vestigios del Antiguo Régimen en Europa, y forzaría la democratización de España. Crecieron entonces las críticas al sistema de la Restauración, cobró fuerza el republicanismo, y parece que no pocos intelectuales creyeron que la presión social en España y el nuevo contexto internacional provocarían el cambio.

En noviembre de ese año, con la guerra vista ya para sentencia, Ortega propuso en *El Sol* su programa de mínimos, un programa político que

⁵² «Bosquejo de un programa de izquierdas», *España*, 24 enero 1918, pp. 1-2.

se vertebraba en torno a una reforma constitucional, una fuerte descentralización del Estado y la puesta en marcha de políticas sociales, que se adelantasen a las demandas revolucionarias: «Queramos o no, el punto a que ha llegado la situación interior de España coincidiendo con el profundo cambio de la vida mundial, nos obliga a hacer los grandes ensayos, a ejecutar las transformaciones de alto calibre. La burla, la ficción, el acomodo han concluido», sentenciaba Ortega, que ofrecía también desde la prensa un programa político⁵³.

El 7 de noviembre, los intelectuales aliadófilos proclamaron el Manifiesto de la Unión Democrática Española para la Liga de la Sociedad de Naciones Libres, en el momento en el que «la paz se alza ya sobre la línea del horizonte, y sus resplandores disipan las sombras, las angustias, las incertidumbres de esa trágica noche de cuatro años en que ha vivido el mundo civilizado. La guerra, la belua, la bestia, está ya dominada por la humanidad civil», decían⁵⁴. El texto era la puesta en escena de una nueva organización política que aspiraba a encauzar los resultados del esfuerzo aliadófilo: la Unión Democrática Española, ubicada en la redacción de la revista *España* y con Azaña —cuya figura política había crecido enormemente a raíz del conflicto— como secretario. Lo firmaban el propio Azaña, Unamuno, Araquistáin, Simarro, Zulueta, Pérez de Ayala, Núñez de Arenas, Menéndez Pidal, Albornoz, Cossío, Marañón, y los demás aliadófilos habituales, pero ya sin Ortega. Se trataba de un llamamiento a la nación: «Españoles: ha llegado la hora de demostrar que somos dignos de pertenecer como pueblo y como Estado, a una comunidad de democracias civilizadas». Santos Juliá consideraba que los intelectuales, a esas alturas, esperaban un cambio ordenado, que el rey llamase a los reformistas⁵⁵, pero dos días después Alfonso XIII encargaba de nuevo formar gobierno a García Prieto.

Llegó el armisticio, y la revista *España* lo celebró con una sugerente portada de Bagaría en el número del 14 de noviembre, en la que dibujó de nuevo al Kaiser Guillermo II y el *Kronprinz*, pero bajo el significativo título de «El señor Guillermo y su hijo», que eran retratados ya sin uniforme militar, caminando de la mano en un paisaje solitario, el Kaiser con

⁵³ Ortega y Gasset, José: «Los momentos supremos. Idea de un programa mínimo», *El Sol*, 4 de noviembre de 1918, p. 1.

⁵⁴ «Unión Democrática Española, para la Liga de la Sociedad de Naciones Libres», *España*, 7 de noviembre de 1918, p. 1.

⁵⁵ Juliá, 2004, p. 173

el gesto contrariado, y el hijo portando en la mano el águila del Reich alemán encerrada en una jaula. Era el final que los aliadófilos llevaban años esperando, y a la vista de la clave interpretativa nacional con la que se había presentado el conflicto, no es descabellado pensar que pudiese contener también un mensaje velado hacia Alfonso XIII.



Tres semanas después del armisticio, desde las páginas de *España* Álvaro de Albornoz rememoraba la visión de Marx sobre la guerra franco-prusiana y reclamaba un castigo ejemplar para Alemania, para evitar que la guerra acabase convertida en una simple «pesadilla trágica», mientras que en el mismo número Luis Araquistáin reclamaba una suerte similar para nuestro país: España —decía el director del semanario más in-

fluyente del momento— «debe ser democratizada, es decir, compelida a prescindir de sus poderes arbitrarios, como lo ha sido Alemania», para evitar que pueda ser un juguete futuro de otras fuerzas reaccionarias como lo fue Turquía, y dar el ejemplo al mundo del modelo a seguir⁵⁶. La convocatoria de Cortes Constituyentes y la democratización de España eran ya el objetivo irrenunciable de los intelectuales aliadófilos, pero unos días después del armisticio y del artículo de Araquistáin, volvía a formar gobierno Romanones, como si nada hubiera pasado.

A comienzos de 1919 se percibió ya la sensación de que la democratización de España dependería exclusivamente del nuevo orden mundial que debía imponer la Sociedad de Naciones. Pero en la Conferencia de Paz de París pronto se fue desvaneciendo el supuesto idealismo que los intelectuales aliadófilos españoles habían atribuido a la Entente. Versalles constituyó un cruel espejo que les devolvió los encendidos discursos belicistas aliadófilos como meras ensoñaciones.

En abril de 1919, Alfonso XIII entregó a Maura el decreto de disolución de las Cortes que le llevaría una vez más al poder, y el Partido Reformista convocó un mitin en el Teatro Odeón presidido por Pedregal, en el que intervinieron algunos intelectuales destacados como Zulueta, Azcárate, Leopoldo Palacios o Manuel Azaña. Las palabras del presidente del Ateneo en el mitin de abril de 1919 condenaron la llamada a los conservadores como «una bofetada a los legítimos sentimientos liberales del país, que ve con dolor que se alejan las posibilidades de su avance pacífico». Melquíades Álvarez finalizó el mitin insistiendo todavía en la misma idea que había presidido el famoso mitin aliadófilo de mayo de 1917, exclamando que «Monarquía o República es un problema de forma», y «cuando las Monarquías se oponen al progreso de su pueblo, las Monarquías caen»⁵⁷.

El discurso de Melquíades Álvarez era subrayado por el editorial del diario *El Sol*, con el que los orteguianos aplaudían al líder reformista y añadían la necesidad de cambiar la Constitución, pero aparecía ya reproducido en la segunda página. La primera plana de ese día la ocupaban las noticias de París, donde según decía el diario «Hoy se hará público el tra-

⁵⁶ Alborno, Álvaro de: «Cúmplase la victoria»; y Araquistáin, Luis: «*La lógica de la guerra. España ante la justicia internacional*», *España*, 28 de noviembre de 1918, pp. 7 y 3-4 respectivamente.

⁵⁷ «El mitin del Odeón. Melquíades Álvarez fija su actitud ante la situación política de España», *El Sol*, 5 de mayo de 1919, p. 2.

tado de paz», una caricatura de Bagaría que mostraba a Unamuno con el corazón literalmente en un puño, así como unas declaraciones de Marcelino Domingo en las columnas centrales donde hablaba de la vuelta al gobierno de Maura como un episodio más de la crisis abierta en el verano de 1917, apelando a la necesidad de que la izquierda se uniese para movilizar a la sociedad en un mayo como el de 1808.



(Por Bagaría.)

La posición de las declaraciones del republicano Marcelino Domingo en la portada, mientras el mitin de los reformistas aparecía en la segunda página, podría entenderse como una insinuación de la orientación que iba tomando *El Sol* ante el cariz de los acontecimientos. En realidad, a la vista de lo que sucedía en Versalles, el discurso de Melquíades Álvarez quizás tenía ya más de lamento que de amenaza, pues a esas alturas Romanones ya había conseguido que Wilson y Clemenceau aceptasen la entrada de España en la Sociedad de Naciones frustrando con ello las ilusiones de una democratización impuesta desde París.

En las palabras de Azaña en aquel mitin se reflejaba bien la melancolía que se respiraba ante la frustración final de los intelectuales aliadó-

filos: «Durante la guerra, nos ha sostenido la esperanza de que en el resurgimiento del mundo renacería también una España más justa, nueva y libre que la España caduca y llena de vilezas en que vivíamos», explicaba Azaña, para concluir señalando que con la inminente vuelta de Maura al gobierno «todo lo que era la podredumbre de nuestra vida pública se consolida»⁵⁸.

Las consecuencias de la acción política de los intelectuales en los años veinte

El régimen de la Restauración salió muy tocado de la crisis del sistema iniciada antes de la Gran Guerra, y las sucesivas crisis vividas al hilo de los grandes acontecimientos internacionales de la segunda mitad de los años diez, pero como sucedió tras el 98, encontró nuevas fórmulas para sobrevivir algunos años más, mientras el clima bélico y la relativa unidad que la aliadofilia habían dado a los intelectuales que aspiraban a regenerar España se iban disgregando. Durante los años siguientes, unos tiraron la toalla, otros siguieron con la crítica al turno, y algunos empezaron a mirar —entonces sí— a Rusia como nuevo horizonte.

El clima de violencia política en Barcelona, el desastre de Annual y la guerra de Marruecos, la creciente injerencia militar en la vida política, y la posición de Alfonso XIII crearon el clima para que, lejos de la democratización con la que soñaban los intelectuales, el escenario de posguerra desembocase en España en una dictadura militar con ciertas similitudes a lo sucedido en Italia.

La dictadura de Primo de Rivera generó un nuevo escenario que obligó a reorientar los cauces y discursos de la participación política de los intelectuales, con un primer momento de división inicial, varios cambios de rumbo ideológicos, la desaparición y parálisis de algunos medios y empresas comunes, y el inicio en los últimos años de un ciclo de protesta que cimentó el fin de la dictadura y la monarquía.

La simpatía y colaboracionismo inicial con la dictadura de no pocos intelectuales tuvieron mucho que ver con el rechazo al caciquismo y la farsa del sistema de la Restauración, como reflejó *El chirrión de los políticos*, una novela de Azorín que vio la luz unos días después del golpe,

⁵⁸ *Ibid.*

en la que el exdiputado conservador criticaba el caciquismo y la clase política, pero idealizaba a Maura. Azorín, como Benavente, aceptó sin muchos reparos la dictadura. Eugenio D'Ors, que acababa de romper con la *Mancomunitat* y el nacionalismo catalán y se había instalado en Madrid, se mostró desde el comienzo partidario del autoritarismo en sus glosas de *ABC*. D'Ors eludió las alusiones explícitas a Primo de Rivera, pero su identificación con las dictaduras de entreguerras fue en aumento, y cuando los reyes italianos visitaron España en 1924 no tuvo reparos en aclamar que la Italia de Mussolini era quién debía liderar «una misión universal» en coherencia con el histórico «genio» de los italianos⁵⁹.

En la misma línea acabó transitando Ramiro de Maeztu, quien vio en el dictador la culminación de los ideales de Joaquín Costa y del 98, el cirujano de hierro que debía regenerar España. Fueron muchos los intelectuales y sectores sociales que cayeron de nuevo en otra ensoñación, ilusionándose en que sería el Ejército quien dirigiese la regeneración nacional. De hecho, Maeztu pidió desde el principio una dictadura larga desde las páginas de *El Sol* y *La Correspondencia de España*. Fueron sus años de maduración política, y si al comienzo su liberalismo no entraba en contradicción con la dictadura, desde 1926-27 se definió ya como autoritario antiliberal.

La cambiante y controvertida posición de Ortega, fue un tanto benevolente con la dictadura en sus primeros tiempos. Ortega seguía rechazando la «vieja política», pero a la altura de 1923 había cejado en sus empresas políticas, buscando en la alta cultura la brújula desde la que orientar a las élites en un esfuerzo largo por formar las minorías rectoras. Así había surgido la *Revista de Occidente*, como un producto netamente cultural, «de espaldas a la política, ya que la política no aspira a entender las cosas» decía su primer editorial. La benevolencia fue también la línea que siguió el diario *El Sol* con la dictadura: «El Directorio es, como él mismo ha declarado, un arma purificadora, pasajera y circunstancial», decía un editorial de noviembre de 1923⁶⁰.

Contra la dictadura se manifestaron desde el principio otros intelectuales como Azaña, Unamuno, Machado, Marañón, Blasco Ibáñez o Pérez de Ayala. Azaña hizo de la revista *España* la punta de lanza contra el dictador. En 1924 Primo de Rivera desterró a Unamuno, y cerró el Ateneo.

⁵⁹ D'Ors, Eugenio: «Glosas», *ABC*, 7 de junio de 1924, pp. 8-9.

⁶⁰ García Queipo de Llano, 1988, p. 103.

Dos años después Marañón acabó encarcelado, Castillejo temió que la llegada de los católicos ultramontanos al poder con el Directorio Civil arruinase la obra de la JAE, y Alberto Jiménez Fraud llegó a creer que la dictadura cerraría la Residencia de Estudiantes, igual que el Ateneo.

En algunos momentos pareció que la dictadura había liquidado a la intelectualidad que durante los años diez había promovido una fuerte movilización política, y que divididos y descorazonados, los intelectuales terminarían por desaparecer del tablero político.

Sin embargo, fueron los intelectuales y en especial los universitarios, los que en la fase final de la dictadura se convirtieron en una de las principales fuerzas de choque contra la misma. Desde Francia, Unamuno y Blasco Ibáñez soliviantaron a Primo de Rivera con continuas campañas, revistas y panfletos, que les convirtieron en el azote del dictador. Desde el interior, las huelgas universitarias, la acción de algunos profesores y la fuerte movilización de los estudiantes encuadrados en la FUE, pusieron en jaque a Primo de Rivera. Desde marzo de 1929 las huelgas universitarias en Madrid apoyadas por catedráticos como Julián Besteiro, Jiménez de Asúa o incluso Ortega, provocaron un fuerte desgaste al dictador, que terminó por cerrar la Universidad Central, renunciando entonces a sus cátedras algunos intelectuales tan significativos como Ortega, Jiménez de Asúa o Fernando de los Ríos.

Tuvo que pasar algo más de una década para que en España se produjera la caída de Alfonso XIII, como también que había sucedido con los Romanov en Rusia, donde mediaron doce años entre el intento de democratización liberal de 1905 y la revolución social de 1917. La democracia se abrió así paso en España en 1931 a través de una revolución de guante blanco, como consecuencia tardía del ciclo de protesta y movilización social que tuvo su punto álgido en la segunda mitad de los años diez, en una crisis cerrada en falso.

Los intelectuales, que habían estado entre los grandes agitadores de la crisis de los años diez, tuvieron un destacado protagonismo en la democratización de España que se inició en 1931. En un conocido artículo, Azorín sentenció entonces:

¿Quién ha traído la República? ¿Por quién ha venido la República? ¿La habéis traído vosotros, los que ahora usufructuáis el poder? ¿Ha venido por los que estabais dispuestos a realizar el hecho de fuerza necesario para el cambio de régimen? El cambio del régimen se ha producido por un cambio del espíritu público (...) una transformación del

sentimiento nacional madurado a lo largo de treinta años. Y esa transmutación, ¿la habéis hecho vosotros, los que estáis ahora en el poder? No; el cambio de la sensibilidad pública, en los sentimientos de todo un pueblo, lo ha ido lentamente operando una legión de trabajadores intelectuales a lo largo del tiempo. (...) La República la han hecho posible los intelectuales.⁶¹

Hubo, desde luego, otras fuerzas sociales y políticas —más allá de la acción de los intelectuales— que contribuyeron decisivamente a la democratización de España que culminó con la proclamación de la Segunda República. Pero como indicó Azorín, mucho más que a acciones políticas concretas, la deslegitimación moral y social del régimen de la Restauración, la monarquía y la dictadura de Primo de Rivera, se debieron en buena medida a la actividad constante de los intelectuales. Su participación política se había iniciado a raíz de la crisis finisecular, y la irrupción de una nueva generación tuvo uno de sus momentos de actividad más viva y fecunda en la segunda mitad de los años diez, y acabó siendo clave a finales de los años veinte. Esa acción efectiva y constante fue decisiva para la creación en buena parte de la sociedad española de una nueva sensibilidad favorable a las libertades y a la democratización del país. Franco tomó buena nota.

Fuentes

Archivos.

Archivo de José Ortega y Gasset (Madrid), Fundación Ortega-Marañón, Correspondencia.

Archivo General de la Universidad Complutense de Madrid, Expediente de Julián Besteiro.

Fuentes hemerográficas

España. Semanario de la vida nacional (Madrid).

El Liberal (Madrid).

La Correspondencia de España (Madrid).

El Sol (Madrid).

⁶¹ Azorín, «La República es de los intelectuales», *Crisol*, 4 de junio de 1931, p. 5.

El Imparcial (Madrid).
ABC (Madrid).
Crisol (Madrid).
La Lucha (Madrid).

Bibliografía

- ALONSO, Gregorio: «Afectos caprichosos: tradicionalismo y germanofilia en España durante la Gran Guerra», *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, 15, 2017, pp. 394-415.
- ACOSTA LÓPEZ, Alejandro: «Aliadófilos y germanófilos en el pensamiento español durante la Primera Guerra Mundial. Balance de una guerra civil de palabras», *Studia Historica, Historia Contemporánea*, 35, 2017, pp. 339-367.
- ALCALÁ GALIANO, Álvaro, *España ante el conflicto europeo*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1916, p. 22.
- AUBERT, Paul, «Los intelectuales y la crisis de 1917», en TUÑÓN DE LARA, Manuel (*et alii*): *La crisis del Estado español 1898-1936. VIII Coloquio de Pau*, Madrid, Cuadernos para el dialogo, 1978, pp. 245-310.
- AUBERT, Paul, *La frustration de l'intellectuel libéral. Espagne, 1898-1939*, Caen, Éditions Sulliver, 2010.
- AVILÉS, Juan, *La fe que vino de Rusia. La revolución bolchevique y los españoles*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.
- BARRIO, Ángeles, *Luis Araquistáin. La revista España y la crisis del Estado liberal*. Santander, Universidad de Cantabria, 2001.
- BLAS ZABALETA, Patricio de y BLAS MARTÍN-MERÁS, Eva de: *Julián Besteiro. Nadar contra corriente*. Madrid, Algaba, 2002.
- CASTILLEJO, David (ed.): *Los intelectuales reformadores de España. III. Epistolario de José Castillejo. Fatalidad y porvenir (1913-1937)*, Madrid, Castalia-Junta de Castilla la Mancha, 1998.
- DÍAZ-PLAJA, Fernando, *Francófilos y germanófilos*, Barcelona, Dopesa, 1973.
- FUENTES CODERA, Maximiliano: *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural*, Madrid, Akal, 2014.
- FUENTES CODERA, Maximiliano, «Itinerarios socialistas frente a la Gran Guerra (1914-1919)», en BOSCH, Aurora y SAZ, Ismael (eds.), *Izquierdas y derechas frente al espejo*, Valencia, Tirant, 2016, pp. 277-300.
- GARCÍA DE JUAN, Miguel Ángel: «Pío Baroja y su germanofilia en la conflictiva segunda década del siglo XX», *Revista de literatura*, 2015, LXXVII, 154, pp. 399-422.
- GARCÍA QUEIPO DE LLANO, Genoveva: *Los intelectuales y la dictadura de Primo de Rivera*. Madrid, Alianza, 1988.

- GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo (coord.), *Anatomía de una crisis. 1917 y los españoles*, Madrid, Alianza, 2017.
- GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo y AUBERT, Paul, *Nidos de espías. España, Francia y la Primera Guerra Mundial 1914-1919*, Madrid, Alianza, 2013.
- JULIÁ, Santos, «La nueva generación: de neutrales a antigermanófilos pasando por aliadófilos», *Ayer*, 91, 2013, pp. 121-144.
- JULIÁ, Santos: *Historias de las dos Españas*. Madrid, Taurus, 2004.
- JULIÁ, Santos: *Vida y tiempo de Manuel Azaña 1880-1940*. Madrid, Taurus, 2008.
- LÓPEZ-OCÓN CABRERA, Leoncio, «Ciencia y política en 1915: de la Europa en guerra a la España neutra», *¿Ubi Sunt?*, 30-31, 2015-2016, pp. 29-47.
- MEAKER, Gerald H., «A Civil War of Words: the Ideological Impact of First World War on Spain, 1914-1918», en SCHMITT, H. (ed.): *Neutral Europe between war and revolution, 1917-1923*, Charlottesville, University Press of Virginia, 1988, pp. 1-65.
- MORENO LUZÓN, Javier: «Tomar partido. La vida pública española ante la Gran Guerra», en FUSI, Juan Pablo y GARCÍA QUEIPO DE LLANO, Genoveva (eds.), *Cartas al Rey. La mediación humanitaria de Alfonso XIII en la Gran Guerra*, Madrid, Patrimonio Nacional, 2018, pp. 97-115.
- NAVARRA ORDOÑO, Andreu, *1914. Aliadófilos y germanófilos en la cultura española*, Madrid, Cátedra, 2014.
- NAVARRA, Andreu, *El espejo blanco. Viajeros españoles en la URSS*, Madrid, Fórcola, 2016.
- OCHOA CRESPO, Pedro, *Sofía Casanova: género y espacio público en la Gran Guerra*. Madrid, CSIC, 2017.
- ORTEGA Y GASSET, José: *España invertebrada. Bosquejo de algunos pensamientos históricos*. Madrid, Calpe, 1921.
- PÉREZ DE AYALA, Ramón, *Política y toros. Ensayos*, Madrid, Calleja, 1918.
- RIBAGORDA, Álvaro: «La Gran Guerra y el desarrollo institucional del hispanismo francés: la creación del *Institut d'Études Hispaniques* de París en perspectiva comparada», *Iberic@l, Revue d'études ibériques et ibéro-américaines*, 15, 2019, pp. 17-29.
- RIBAGORDA, Álvaro: «Los intelectuales en la crisis. El debate público en torno a la guerra europea y la situación española», en GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo (coord.), *1917 y los españoles. Anatomía de una crisis*, Madrid, Alianza, 2017, pp. 27-66.
- ROBERTS, Stephen: «Miguel de Unamuno y la Gran Guerra», *Monteagudo: revista de literatura española, hispanoamericana y teoría de la literatura*, 19, 2014, pp. 133-144.
- ROMERO SALVADÓ, Francisco J., *España, 1914-1918. Entre la guerra y la revolución*, Barcelona, Crítica, 2002.

ROMERO SALVADÓ, Francisco J., «España no era Rusia. La revolución española de 1917: anatomía de un fracaso», *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, 15, 2017, pp. 416-442.

UNAMUNO, Miguel de, *Epistolario inédito I (1894-1914)*, Madrid, Espasa Calpe, 1991 (Ed. Laureano Robles).

Financiación

Este trabajo forma parte de mis investigaciones realizadas en el marco de los Proyectos de I+D «La crisis española de 1917», HAR2015-68348-R, y «Desafíos educativos y científicos de la Segunda República: internacionalización, popularización e innovación en universidades e institutos», PGC2018-097391-B-IOO.

Datos del autor

Álvaro Ribagorda es Profesor Titular interino de Historia Contemporánea en la Universidad Carlos III de Madrid. Sus investigaciones se han centrado en la historia intelectual y sociocultural española de la primera mitad del siglo xx en perspectiva internacional, con especial interés en las instituciones culturales, científicas y educativas del Madrid de la Edad de Plata y la Segunda República, como la Residencia de Estudiantes y la Universidad Central. En la actualidad codirige con Leoncio López-Ocón el proyecto de investigación «Desafíos educativos y científicos de la Segunda República: internacionalización, popularización e innovación en universidades e institutos», PGC2018-097391-B-IOO.

Entre sus obras destacan *Caminos de la modernidad. Espacios e instituciones culturales de la Edad de Plata (1898-1936)*. Biblioteca Nueva, 2009; *El coro de Babel. Las actividades culturales de la Residencia de Estudiantes*, Residencia de Estudiantes, 2011; «Los frutos perdidos: los intelectuales de la Residencia de Estudiantes en el exilio», *Arbor* (2009); «Los intelectuales en la crisis. El debate público en torno a la guerra europea y la situación española», en Eduardo González Calleja (coord.): *Anatomía de una crisis. 1917 y los españoles*. Alianza, 2017; así como la edición junto a Eduardo González Calleja de los libros: *La Universidad Central durante la Segunda República. Las ciencias humanas y sociales y la vida universitaria (1931-1939)*, Dykinson, 2013, y *Luces y sombras del 14 de abril. La historiografía sobre la Segunda República española*, Biblioteca Nueva, 2017.